

Periodismo en resistencia

ALEJANDRO ENCINAS NÁJERA

Recientemente me reencontré con *La Resistencia*, un libro imprescindible y de una tremenda sabiduría, escrito por Ernesto Sábato en el último tramo de su vida. En él nos recuerda una de las máximas aspiraciones de Gandhi: “La verdadera libertad no vendrá de la toma de poder por parte de algunos, sino del poder que todos tendrán algún día de oponerse a los abusos de la autoridad. La libertad personal llegará inculcando a las multitudes la convicción de que tienen la posibilidad de controlar el ejercicio de la autoridad y hacerse respetar.” Más adelante, el autor argentino remata: “Ésta es una gran tarea para quienes trabajan en la radio, en la televisión o escriben en los diarios; una verdadera gesta que puede llevarse a cabo si es auténtico el dolor que sentimos por el sufrimiento de los demás.”

En México el periodismo es mayoritariamente de consigna, adscrito incondicionalmente al régimen, rendido a sus dádivas. Enajenar, mentir y subestimar la inteligencia de las personas son sus hábitos cotidianos. Son pocas las voces que no ceden ante las presiones del poder y que hacen de la prensa una trinchera desde la que no sólo denuncian los abusos y excesos que se cometen a diario, sino también despiertan conciencias y formulan nuevos horizontes. Estas excepciones dignifican la labor informativa, a sabiendas de los riesgos que corren: la censura y la represión.

En un país secuestrado por la violencia, la libertad de expresión es un ejercicio de alto riesgo. En estados dominados por cacicazgos o poderes fácticos, la denuncia pública es castigada con la muerte. Recientemente la CNDH informó que de 2000 a la fecha ha registrado 61 asesinatos a periodistas, cifra que ubica a México en una situación tan sólo equiparable a la de países como Somalia o Irak.

En suma, en un país cuyo gobierno es incapaz de garantizar el ejercicio de la libertad de expresión, los periodistas consecuentes nadan a contracorriente. Su resistencia y valentía merecen nuestro reconocimiento.

Teófila es el hombre y la mujer en casa

JOSÉ CARLOS AVENDAÑO

Sus cansinas manos trabajan con armonía para moldear masa desde temprana hora en la entrada principal de un templo religioso de Santa Ana Chiautempan. No sabe cuantos años de edad tiene, “pues nunca aprendí a leer ni escribir”.

Desde hace varios años ella desempeña el rol de hombre y mujer en su hogar, ya que su esposo fue operado de la vesícula y ya no puede caminar por lo avanzado de su edad.

Teófila Ahuactzi es una mujer de aproximadamente 80 años de edad, de los cuales casi la mitad los ha dedicado a vender tlacoyos preparados con salsa, queso y cebolla en diferentes puntos de la ciudad lanera, con lo cual contribuye a la economía de su hogar.

Desde las 7 de la mañana, Teófila se aposta en la entrada principal del templo religioso conocido como padre Jesús del convento de la ciudad de Chiautempan proveniente de San Bartolomé Cuahuixmatlac.

En un *diablito* carga un anafre, carbón, un comal y una bolsa en la que coloca cuidadosamente varios recipientes de plástico; en uno guarda la salsa “roja”, en otro la “verde”, en uno más el queso, en otro la cebolla y en un *tupper* la masa con frijol que utiliza para hacer los *tlacoyos*.

Teófila es una mujer de pocas palabras y muy fría en su forma de ser, quizás porque se crió en un ambiente machista y con muchas necesidades.

Mientras platica con *La Jornada de Oriente*, Teófila no deja de mover las manos para moldear los *tlacoyos* que coloca en el comal. Sentada en el suelo, esta mujer que apenas si pinta canas en su cabello, confiesa que su lugar de trabajo durante 35 años fue en el parque que se ubica frente al mercado de Chiautempan, pero tuvo que abandonar ese sitio porque el entonces edil Manuel Palacios le cobraba mil y luego mil 500 pesos para permanecer ahí. “Imagínese, ya nada más trabajaba para él”.

Debido a esa situación, Teófila probó suerte en el tianguis que se instala en el otro mercado nuevo —ese que se disputaron las autoridades de Chia-

Todos los días, desde las 7 de la mañana, prepara tlacoyos en la vía pública porque su marido ya no puede caminar; no recuerda su edad porque no aprendió a leer ni escribir

utempan y la Magdalena Tlaltelulco durante muchos años—, pero no alcanzó las ventas que tiene en el centro de la ciudad y por ello ahora se instala a la entrada del templo religioso, donde el padre no le pone ninguna objeción.

“Todas las mañanas el padre me deja persignada y me dice: apúrale *mi jita*, has tu *luchita*”.

Y vaya que si Teófila hace su lucha, pues de sus manos debe salir para comprar los medicamentos de su esposo de 89 años de edad y para comer, ya que sus dos hijos se casaron en el estado de Veracruz y se fueron a vivir para allá.

—¿Cuántos años tiene usted?, se le inquiera.

—No sé, nunca aprendí a leer ni escribir, lo único que me acuerdo es que mi cumpleaños es el 8 de enero.

—¿Cómo aprendió a hacer los tlacoyos?

—Desde chiquita me enseñó mi mamá y mi abuela, antes no nos enseñaban la escuela, nos enseñaban el quehacer. La escuela era para los niños. Los padres decían que las mujeres nada más se casaban y se les olvidaban las letras.

Teófila recuerda que como a los 15 años contrajo nupcias “por las leyes del registro y de la iglesia”.

—¿O sea que lució en todo su esplendor su vestido de novia?, se le pregunta.

—No tuve vestido de novia, me casé con un vestido normal, antes no se utilizaban esas payasadas como ahora.

Doña Teófila recuerda que desde pequeña ayudó a sus padres en las labores del campo, “antes todos los hijos teníamos que obedecer y de buen modo, si no te daban *reatazos*, por eso la mujer siempre tenía que estar dedicada al quehacer y nunca se tomaba en consideración lo que opináramos”.

Esta mujer que evidencia su avanzada edad en su rostro y en sus manos, vende cada tlacoyo preparado en 6 pesos y al medio día levanta su “negocio” para regresar a su hogar a seguir con el trabajo doméstico, no sin antes embolsarse de 120 a 125 pesos para cubrir los gastos de ella y de su marido.

“Ahora yo soy el hombre y la mujer en mi casa, así que debo trabajar a diario para la comida y los medicamentos de mi esposo, porque no tenemos seguro social”.



Doña Teófila Ahuactzi refiere que antes la escuela era para los niños. “Los padres decían que las mujeres nada más se casaban y se les olvidaban las letras” ■ Foto Alejandro Ancona